

ORIGINALES

FACTORES MEDICOS DE LA ESTETICA FEMENINA

Prof. P. NUBIOLA †

Mi propósito al plantear esta cuestión fué tratar de la participación que pueda tener la medicina en cuidar y mejorar las condiciones del ser femenino en cuanto a su buen parecer, a su donosura, entendiendo había de ser fácil y adecuado porque nadie mejor que el médico podía entender de ello con mayor provecho. Pero ha sido el caso que al emprender la tarea me encontré, sin haberlo podido presumir, que no podía lograr el empeño sin solventar una serie de dificultades.

Yo tenía un concepto de lo que deseaba analizar, y para empezar lo me pareció acertado decir que me refería a la estética femenina. Precisamente la palabrita, pareciendo clara y precisa, dista mucho de serlo. Se afirma que la empleó el filósofo alemán Baumgarten para título de un libro que publicó en 1750, en el que establecía una filosofía de las percepciones sensitivas a base de que lo importante es lo subjetivo y no lo objetivo; por ello recurrió a la pa-

labra *Estética*, derivada de un verbo griego que significa sentir. A continuación la estética ha sido considerada una rama de la filosofía que trata de lo bello; se ha entendido que es la ciencia de la belleza, de la hermosura. Decir esto presupone poner en claro cómo es la belleza, y respecto a ello hay opiniones para todos los gustos.

San Agustín empleó una fórmula muy sencilla, dijo: *Pulchra sunt quae visa placent esates* («hermoso es lo que a la vista agrada»). Santo Tomás dijo algo parecido: «Bello es todo lo que visto o contemplado causa deleite». En cambio Kant afirma que lo bello no tiene que ver con lo agradable, pues que en materia de agradable cada uno tiene su gusto.

Y surge una discusión respecto de si la belleza está en los objetos o en la mente de quien los contempla, pero la mayoría de los sufragios están en favor de que la belleza objetivamente existe, pero no hay conformidad en *como* sea.

Así Beid considera que la belle-

za es una cualidad oculta: sabemos cómo nos impresiona, pero no sabemos en qué consiste. Ya decía Platón que las cosas se hacen bellas porque nuestro espíritu, al verlas, recordaba una hermosura primera, percibida en una vida anterior. Aristóteles, buscando una solución, entiende que un ser no puede ser bello si sus partes no están dispuestas con cierto orden y no tienen una dimensión arbitraria; lo bello consistiría en el orden y tamaño.

Plotín, filósofo alejandrino, insiste en lo mismo, detallando que lo constitutivo de la belleza es la proporción de las partes entre unas y otras con relación al conjunto.

Milá y Fontanals, con mejor acierto, define el asunto en la siguiente forma: «la belleza es algo real, que no nace de nuestra manera de ver, sino que ya existe en los objetos, descansa en la perfección de éstos, en la *armonía viviente* y perceptible de sus cualidades». La belleza, pues, es la excelencia de la forma, considerada en sí misma, que reside en los objetos naturales por reflejo de las perfecciones divinas.

Y nuestro obispo Torras y Bages ahonda aún más y nos dice: «la filosofía medioeval puso como condición esencial de la belleza la claridad, el resplandor. Por completa que sea la integridad del ser y proporcionados y ordenados sus elementos, si falta la claridad su percepción se hace trabajosa».

Hay una luz intensa y general que despiden en mayor o menor grado todos los seres: es la luz de la *expresión*, que hace ver al hombre más allá de los confines de la materia y le pone en contacto con lo invisible y perfecto.

También el romántico Schillirgen en su doctrina estética afirma: «la hermosura de cada objeto es la presencia en él de la fuerza que lo anima, y exclama: ¿qué queda de las bellas formas de la naturaleza cuando desaparece el principio activo que las anima?»

El mismo Kant, por su parte, también establece distinguos. Si tomamos, dice, el término medio de la estatura, la longitud de cabeza, de las narices de un millar de personas, tendremos una figura imaginaria que dará idea del cuerpo normal y bello del país, pero el ideal de lo bello es otra cosa, consiste en la expresión moral, la hermosura del alma, su pureza, su fuerza, su tranquilidad.

Jouffroy, Profesor de París, escribe en 1843: «En toda percepción de belleza hay dos elementos: fuera de nosotros un objeto, dentro un fenómeno que hace encontrarlo bello. Sería interesante conocer los caracteres del objeto llamado bello y del fenómeno que en nosotros provoca, y después de este escarceo ideológico acaba por decir: «lo bello es muy complicado y de lo que no se puede dictaminar de una manera absoluta».

Podría, pues, aceptarse, refirién-

donos al ser humano femenino una belleza que podríamos denominar estática o corpórea; otra belleza dinámica, derivada de su actuación orgánica, y una belleza expresiva de manifestación psíquica; a las que podrían en cierto modo sumarse una belleza anímica puramente espiritual y aun una belleza sensual, lasciva.

Los griegos fueron los que buscaron con más ahinco establecer unas proporciones del cuerpo femenino que pudieran reputarse como las más perfectas y, por tanto, las más bellas; a ello se debe la obtención de las magníficas estatuas que, más o menos mutiladas, han llegado a nuestros museos. 480 años antes de Jesucristo. Policeto, famoso escultor, que por cierto venció a Fidias en una competición, con su estatua llamada Doriforo, dió motivo a que se estableciera el Canon que lleva su nombre y consigna las leyes de la belleza física femenina, al que se sometían los artistas de la época, y Schadow publicó un libro denominado Policeto, en el que se daban las óptimas medidas del cuerpo humano. Pero, como hace notar Pende, la belleza tal como la entendían los helenos y que después rehabilitaron los artistas del Renacimiento, podía aceptarse en los pueblos mediterráneos, pero no para todas las razas y todos los continentes.

Y añade dicho autor: el canon estético de las proporciones del

cuerpo varía según las razas y también en las distintas épocas, debido a que varía el tipo medio normal y también porque la humanidad da lugar a períodos de mayor belleza y otros de decadencia física; en otro concepto, además, porque varía el gusto estético, que es subjetivo y tan caprichoso como es la moda del vestido.

El *canon corpóreo estético*, tal como lo entiende la biotipología moderna, debe corresponder al tipo humano medio, *eurítmico y normolíneo* de las distintas edades y de ambos sexos, según afirma Viola.

La escuela italiana defiende que no existe un solo tipo de belleza humana, sino varios dentro de los límites de la variación del biotipo, sobre todo en los pueblos más ricos en variedades étnicas que se han mezclado armónicamente; en las razas primitivas y que han llevado una vida aislada, existe mayor uniformidad de tipo corpóreo.

Basados en tales ideas, establecen, con todo, ciertas condiciones para la belleza corporal.

Así en la cara se señalan tres planos: del cabello a la línea superciliar, de ésta a la base de la nariz y de este punto al mentón.

La anchura de la cara ha de tener su máximo al nivel de la línea zigomática. La frente será del mismo ancho que el de un ángulo maxilar al opuesto.

Los ojos deben ser completamente simétricos y la distancia entre

ellos igual a la anchura de la rima palpebral. La boca estará en relación de tres a dos con la rima palpebral.

Las orejas han de estar situadas entre el plano supra-orbitario y el subnasal.

El labio superior, vertical en conjunto, ha de presentar una parte superior cutánea cóncava y otra inferior mucosa convexa; el labio inferior debe estar ligeramente más hacia dentro que el superior, ser convexo en la parte mucosa y hallarse separado del mentón por un surco bien marcado, pero no profundo.

Por el mismo estilo han sido estudiadas las proporciones y correspondencias del resto del cuerpo, con lo que se pretende fijar los caracteres de la belleza de la figura humana respecto de la forma. Y esto puede tener aplicación tanto a la mujer viva como cadáver, así como a su representación escultórica.

Pero por anatómicamente bello que sea el cuerpo, importa asimismo que lo sea en su actuación viviente. Bien lo expresan los escritores al describir su paso alado al deambular, lo gracioso de sus movimientos al sentarse, al movilizar los brazos, la actitud pensativa o dulce de sus poses. Ya los griegos se percataron de ello, como lo prueban las actitudes en que situaban a sus estatuas, estudiando la forma más airosa en que debían apoyar los pies. Claro está que en este

capítulo poco tiene que ver la medicina; es otro arte que desgraciadamente tiene actualmente por educador el cine. Sería buen ejemplo lo que ocurrió en la corte de Francia con una bella princesa que tenía un andar desgarrado y le aplicaron una cuerdecita que le impedía separar las rodillas más de lo conveniente, el resultado fué que su manera de andar resultó luego tan encantadora que procuraron imitarla todas las elegantes de la época.

Conocida es la celebrada obra de Bernard Shaw, «Pigmalión». ¡Qué magnífica lección de estética! La manera como el gesto, los movimientos, la fonética de la mujer del arroyo, se logran modificar tanto, que la misma mujer se comporta luego como una duquesa.

En cierto modo se refería a esto Torras y Bages cuando aseveraba que existía una luz de la expresión de todos los seres, y Kant reclamaba una expresión moral, y Schelling comparaba la hermosura a la presencia en el ser de la fuerza que lo anima. Para demostrarlo, Pende se entretiene en analizar cómo ha de ser la sonrisa para que resulte estética: ha de descubrir los dientes inferiores poco a poco hasta el ribete y dejar también visible el ángulo medio del segundo molar, descubriendo algo al mismo tiempo las encías superiores e inferiores.

Pero en este capítulo, tampoco puede tener intervención directa la

medicina, como solamente de rechazo puede influir en que el espíritu de la mujer goce de aquella paz y perfección que trasciende avalorando su belleza física.

Pero hemos indicado también que existe un aspecto sensual o lascivo de la belleza y esto merece algún comentario.

Fundamentalmente, todos los atributos de belleza humanos en uno y otro sexo, tienden a que se produzca una atracción entre los mismos que conduzca a la reproducción de la especie. Eva apareció bella a los ojos de Adán y éste complugo a Eva.

En la misma historia sagrada destacan los ejemplos de la búsqueda y apreciación de la belleza. El mayordomo de Abraham, buscando esposa para el hijo de éste, Isaac, no duda en elegir a Rebeca por ser joven doncella hermosísima y en extremo agraciada. Jacob, de las dos hijas del que fué su suegro, reconoce que la mayor Lia, carecía de atractivos y tenía los ojos legañosos; en cambio, Raquel era de un lindo semblante y hermoso talle.

El rey David, a pesar de que podía amar a muchas mujeres, queda tan prendado de la extremada hermosura de Betsabee, que para hacerla suya llega al crimen de procurar la muerte de su marido. De Esther dice el libro santo, que era de tan extremada hermosura e increíble belleza, que parecía graciosa y amable a los ojos de todos, cualidades que la llevaron, a pesar

de ser judía, a sentarse en el trono del gran monarca de los persas.

Cuando la mujer duda de que sus condiciones resulten suficientes para que el varón sea atraído por ella y, sobre todo, cuando sus pasiones la incitan a despertar el deseo sexual de muchos, es cuando recurre a exagerar y exhibir sus atributos sexuales y a valorarlos por el artificio de peinados, joyas y adornos, amén de toda suerte de recursos cosméticos.

* * *

Después de estos obligados comentarios respecto de la estética femenina, hora es ya de estudiar en cuánto puede intervenir en la misma la medicina actual.

Es evidente que las características estructurales-dinámicas del biotipo individual dependen, como establece Pende, de diversos factores.

Unos son conceptionales, hereditarios, por una parte raciales y por otra individuales. Otros son adquiridos por influencia del ambiente en que se vive, y otros completamente dependientes de los materiales de nutrición, de los agentes que en el cuerpo actúan en el desarrollo y en la producción de energía. A ello han de agregarse los factores neuropsíquicos dominantes, referentes a la vida de relación y a las reacciones psíquicas. Como se comprende el problema es complejo.

La ortogénesis se inicia ya en la vida intrauterina y, por tanto, la

excelencia del fruto está condicionada por la manera como se desarrolla la gestación. Las tachas, afecciones y deficiencias de la madre, si no son combatidas o corregidas, darán ocasión a imperfección del nuevo ser.

A pesar del notable mejoramiento de las condiciones de la lactancia, especialmente cuando no puede ser materna o núsica, en muchos casos el mismo pediatra se limita a la comprobación del peso y medida del cuerpo del niño, sin pretender corregir su biotipo cuando éste aparece exagerado respecto de los límites de perfecta normalidad.

Lo mismo ocurre más tarde; el médico es reclamado en caso de enfermedad, pero pocas veces, porque el niño sea deficiente de estatura, o en cabellos o en dientes, acuse marcada polisarquia o peligrosa excitabilidad nerviosa, curvaturas anormales de sus pies y de sus piernas, o desarmónico desarrollo muscular.

Se ha escrito mucho en todas las épocas en medicina de lo que se han denominado temperamentos, idiosincrasias y diátesis, cual si se tratara de una singularidad orgánica que caracterizará al individuo durante toda su existencia; como ya estableció Letamendi, no debe aceptarse como fatalidad que lleve al individuo a enfermar de ciertas dolencias, sino que se trata de enfermedades reales que pueden dar motivo a otros estados patológi-

cos. El concepto moderno acepta tal manera de ver y establece que tales estados o discrasias se deben a deficiencias funcionales, que han de ser corregidas cuando no se trata de realidades morbosas que tienen tratamiento adecuado. Y se combate el escrofulismo como la anemia y la astenia, se yugula la hiperactividad tiroidea, como se combate la acidosis y se corrige la insuficiencia suprarrenal.

Una de las bases de la estética femenina es la comprensión y práctica de la higiene general del cuerpo, pero además de ellos precisan cuidados especiales que el médico ha de establecer respecto del cabello, los dientes, las uñas, los pies, etcétera.

Respecto de la mujer hay dos asuntos que suelen ser mal comprendidos, me refiero a las mamas y al abdomen. En cuanto a las mamas, si éstas abultan por localizarse en ellas abundante tejido adiposo, la mujer puber lucha por reducir su volumen y el medio utilizado es la aplicación de un vendaje sostén, que en vez de sostener, compresiona, resultando con ello que las mamas son aplastadas contra la pared torácica, haciéndolas péndulas y que se establezca un surco submamario que con facilidad dará lugar a determinación de intérrigo. Por la misma razón el pezón queda por completo aplastado, impidiendo su desarrollo y haciéndolo inhábil si más tarde la mujer ha de lactar.

Respecto del abdomen, ocurre algo parecido; los ceñidores o fajas que se utilizan procuran una reducción del talle merced a una compresión de arriba abajo del ámbito abdominal, dando por resultado un rechazamiento de genitales internos hacia la excavación pelviana. Por otra parte, muchas veces reducen la base del tórax, dificultando la mecánica respiratoria. A ello han contribuido también los poetas al elogiar el talle de avispa, y los modistos empeñados en estrangular por la mitad el cuerpo de la mujer.

La figura femenina para ser estética no puede representar un cono superior y otro infraumbilical unidos por sus vértices; bien lo enseñan las estatuas de Venus más acreditadas con su amplio torax y mórbidas caderas, lo cual no impide que demuestren su airoso talle.

Si la cara es el espejo del alma, más lo es de la salud del cuerpo; la piel, uno de los encantos femeninos, delata así las deficiencias hemáticas por su palidez y apariencia exangüe, como las perturbaciones digestivas, el estreñimiento, las perturbaciones hepáticas.

Lo mismo puede decirse del aparato genital; cuántas jóvenes se lamentan del mal estado de su cutis debido a pubertad trabajosa y a disturbios de sus ciclos uterino y ovárico. En otro concepto también repercute en el semblante, así como en su estado general: nocivas excitaciones sexuales, muchas

veces agravadas por el abuso del alcohol y de toda suerte de excitantes.

La mujer en apetencia de belleza recurre, cuando se convence de su inferioridad, a la cosmética, pero ésta, sin la aprobación científica casi siempre. Busca en el perfumista los afeites en que confía, de los que abusa, pues ilusionada por su apariencia llamativa, y observando que no bastan a su objetivo, va marchitando su cutis, cargando la mano, siendo a la postre un desastre su decoración. Contribuye mucho a desorientación en tal asunto; que la mujer se pinta y barniza con luz artificial y la luz del día pone en evidencia lo artificioso del decorado.

La mujer que no hace la vida al aire libre, no puede conservar el rosado cutis que tuvo en la niñez y en la pubertad. La vida casera o en el taller, la estancia en locales cerrados, en cines y donde las modistas, la vida nocturna inveterada, exigen que se corrija la palidez del rostro, aplicándole con discreción algún colorante y que se intensifiquen artificialmente el rojo de los labios; pero, como he dicho, es muy fácil que se caiga en el abuso. Cuánto más provechoso sería que mejorase el estado orgánico y funcional de la interesada y cambiara su manera de vivir; entonces tendría menos necesidad de artificios.

Hay que añadir a esto las afirmaciones que hace Mauricio Boi-

gey en su manual científico de educación física.

La mayor parte de las jóvenes mal desarrolladas y enfermizas son sedentarias, ignoran el ejercicio físico.

No se entiende ahora, como fué hace dos siglos, que un estado delicado y no tener fuerzas para dar más de una hora de paseo, apetito exiguo y pronto satisfecho, juntamente con una timidez debida a su debilidad orgánica, representen el ideal del sexo femenino. Que aparezca la mujer necesitando la protección masculina puede ser atrayente, pero si se exagera es repulsivo.

El ejercicio físico, además de asegurar salud por un buen equilibrio fisiológico, les conserva y prolonga su aspecto juvenil. Si todas no son bellas morfológicamente, pueden adquirir la gracia, la agilidad y la ligereza propias de la juventud.

Claro está que la edad para la educación gimnástica es después de los 11 ó 12 años y ha de procurar siempre ayudar a la formación y armonía de los músculos, corrigiendo los excesos y defectos de éstos.

Dijo Platón, que el animal joven no puede guardar reposo, sin cesar salta y se mueve con visible satisfacción; a ello obedece la mujer igualmente, gustando de danzar, porque ella recibió de los dioses, con el sentimiento de lo agradable, el del ritmo y la armonía.

Por ello los deportes más convenientes para la mujer, tanto respecto de su salud como para su estética son, además de la danza, el tenis, baloncesto y, sobre todo, la natación, siéndole también permitidos los saltos ornamentales y la equitación.

Mediante ello puede lograrse el deseo que formula Pende, esto es, que la mujer, modelando continuamente su forma, favorezca asimismo con ello sus exigencias funcionales.

Nos queda, por último, que señalar el cometido que le corresponde al médico para corregir o mejorar ciertas particularidades de la cara y cuerpo femenino.

A primera vista, puede parecer caprichoso recurrir con tal objeto a la denominada cirugía estética.

Claro está que la indicación más humana, es que por la actuación quirúrgica se reparen los desperfectos debidos a traumatismos, quemaduras o otros accidentes; pero también es muy humanitario que se aplique a borrar imperfecciones que en muchos casos se convierten en pesadilla para quienes las sufran.

Aquel sujeto al que dedicó Quevedo uno de sus sonetos: «Erase un hombre a una nariz pegado y era su nariz superlativa...», seguramente no pasaba día que no le preocupara su nariz, recibiendo a diario, por si faltaba, las miradas burlonas de cuantos le veían.

La mujer normal que resulta

afeada por una imperfección, aunque sea ligera, de su semblante, es difícil que se sobreponga a la misma, y pueda evitar lo que hoy se denomina su complejo de inferioridad.

El cine ya se ha encargado de utilizar el asunto en algunos argumentos. La mujer que se vió desdénada antes, después de una cura de belleza, triunfa. No es ello una fábula; en la realidad, la corrección de un defecto facial permite en ocasiones a la interesada que pueda ganarse el sustento, en un comercio, en un despacho, donde de otra suerte no hubiera sido admitida, como que la solicite un pretendiente que antes no hubiera reparado en ella o la habría mirado con repulsión.

Si la interesada no se hubiera preocupado de ello, siempre alguna compañera cuidará, aún en época infantil, de hacerlo evidente, quizás incluso para ponerle motes. Y durante el curso de su vida podrá atribuir a su defecto o imperfección todos los desengaños que pueda sufrir.

Menos mal si la joven puede contraponer alguna particularidad bella y consolarse diciendo: tendré lo que tenga, pero en cambio mis ojos, mi cabellera, mi cutis, mi tamaño, son mejores que los de otras.

Realmente en la mujer púber y durante su período de vida genital, salvo casos de excepción verdaderamente raros, la naturaleza compasiva no deja de conceder algún

destello de hermosura que le ayude a compensar su desarmonía de figura.

Y, sobre todo, campea el instinto basado en el incentivo de la feminidad que al varón atrae y que la mujer puede satisfacer.

Así se explica que en la actuación sexual se sortee el inconveniente de una imperfección y se pueda comprender la convivencia en tales casos.

Después de muchos años de vida conyugal ocurrieron entre los cónyuges desavenencias graves y el marido, en su capítulo de cargos, se le ocurrió añadir: y justamente mi mujer tiene una nariz de conejo, porque tenía la punta de la misma algo bilobada; en los años anteriores apenas había reparado en ello.

Recuerdo, de cierta novela, que un muchacho se enamoró de una institutriz de la familia, con tanto furor que llegó a escapar con ella. Las hermanas del mismo, que conocían a fondo a la persona de que se trataba y sus trucos para disimular defectos, procuraron enterar al muchacho, creyendo que se desilusionaría: que la chica llevaba postizos para aparentar buena figura, que sus cabellos eran teñidos, sus dientes postizos, etc., y la contestación fué: todo lo que me decís ya lo sé, pero me gusta y me voy con ella.

Zorrilla cuidó de insinuar la intensidad del instinto al despertar

en el ánimo de Don Juan. «Empezó por una apuesta —siguió por un devaneo — engendró luego un deseo—y hoy me quema el corazón».

Mucho se ha buceado en este piélago profundo del instinto. A primera vista, puede parecer que el elemento principal de la atracción femenina sea la belleza física; ésta puede sorprender y ser admirada, pero en tesis general resulta insuficiente si no va acompañada de otros incentivos. La mayor parte de éstos no son aquilatados por todos los seres masculinos, si-

no por aquél o aquéllos que a más de percatarse de los mismos, se encuentren en posibilidad de sintonizarlos.

En la partida que se juega entre uno y otro sexo, no suele tenerse en cuenta el factor masculino, que, si bien obedece como *primum movens* a la apetencia femenina, ésta viene condicionada por toda una figuración imaginativa de la mujer que en su mente ha forjado y que entiende plasmada en la que elije para compañera de su vida.
